Corría el año 2025. La humanidad continuaba infatigable con su avance tecnológico. Numerosos colonos habían viajado ya a Marte y la estación espacial internacional comenzaba a asemejarse a lo que conocemos como un puerto espacial gracias a la ciencia ficción. La construcción de cohetes se había abaratado y cualquier país medianamente desarrollado podía permitirse el lujo de enviar patriotas a la órbita terrestre.

Un puerto espacial, personas subiendo hasta allí en lanzaderas como quien coge el metro y multitud de colonos saliendo de él en dirección al planeta rojo. La economía espacial progresaba y nuestro ego aumentaba al vernos cada vez más cerca de los relatos de Assimov.

Por eso, cuando llegaron no tuvimos cautela. En ningún momento desconfiamos o nos mostramos recelosos. Un día se detectó una señal de radio proveniente del cinturón de asteroides y, cinco horas más tarde unas gigantescas naves negras llegaban a la órbita de nuestro planeta, haciendo sombra en su superficie.

Mandaron una pequeña comitiva a nuestra estación espacial. A un lado de la mesa los mandatarios de los países más importantes, con el zopenco de EEUU a la cabeza, al otro unos seres bastante más parecidos a los hombrecillos verdes de las pelis de los 90 de lo que cabría esperar en un guion decente. En cualquier caso, hablaban un perfecto inglés que ya envidiarían muchos de nuestros políticos. ¿Cómo era esto posible? – fue lo primero que preguntó con la boca abierta y tono bobalicón la especie humana.

A la reunión habían portado un objeto voluminoso, que en ese momento dejaron sobre la mesa: la sonda Voyager. Habían tenido tiempo de analizar nuestra cultura y nuestro idioma y hasta de fabricarse un traductor. No es por hacer un chiste con su color de piel, pero esos tipos eran la pera, al menos eso nos parecía en aquel momento.

Sea como fuere, estuvieron hablando horas. Tras los saludos iniciales habían prohibido a la prensa seguir retransmitiendo, así que nosotros aquí abajo solo pudimos esperar inquietos a que los peces gordos terminaran. Cuando se retomó la transmisión, les brillaban los ojos de pura ambición y codicia. El estadounidense y sus colegas habían formado un tratado de paz y un contrato que aseguraba el intercambio cultural y tecnológico para los próximos 50 años. Al susodicho se le nombró máximo representante de la humanidad, así como co-representantes a los líderes de Alemania, China, Emiratos Árabes y Reino Unido.

Los aliens fueron bajando a nuestro planeta progresivamente en los años posteriores. Hicieron turismo, se establecieron, montaron negocios...y nosotros aprovechamos todo lo que pudimos para aprender de su tecnología. Por supuesto, hubo disturbios, racismo, asesinatos… Se fueron integrando poco a poco, pero hubo bastantes roces por parte de ambos bandos.

Aproximadamente 25 años después de su llegada, contaban ya con sus propios barrios, la mayoría de ellos suburbios, y nosotros habíamos incorporado a nuestra vida diaria algunos avances y juguetitos, aunque dicho sea de paso nuestro ritmo de aprendizaje era penosamente lento. Era casi como si ellos nos ralentizaran a propósito, dándonos la información con cuentagotas.

Con todo, hubo novedades en el campo de las armas, las comunicaciones, la cocina y revolucionaron la industria del masaje, así como otros lujos. Pero todo en negocios, locales más o menos clandestinos dependiendo del tipo de asuntos a tratar o laboratorios de investigación en los que eran ellos los que manejaban la tecnología. En definitiva, cambió des de los museos hasta la delincuencia, pero siempre con la tutela de aquellos seres.

Éramos felices y confiados. Ingenuos. Y para cuando nos dimos cuenta ya era demasiado tarde.

El 8 de Julio del año 2052 de la que fue nuestra era los aliens se levantaron contra nosotros. Los ejércitos no pudieron hacerles frente; las comunicaciones fueron interrumpidas y los mandatarios fueron secuestrados. Se les obligó a firmar un nuevo tratado, esta vez a punta de pistola, en el que les entregamos literalmente el mundo.

Un nuevo orden fue establecido. Se instauró la ley marcial: había toque de queda se nos vigilaba. Podíamos vivir en nuestro propio planeta siempre y cuando supiéramos quien mandaba y nos portáramos bien. El que no cumplía era detenido o simplemente desaparecía, así como muchos otros que no habían hecho nada.

Entre los propios humanos surgieron bandos. Los hubo que se vendieron y se pusieron dócilmente al servicio de los aliens. Se les instalaron implantes cibernéticos, se les mejoró hasta el punto de poder debatirse si podían seguir considerándose humanos, y pasaron trabajar en la policía, en la administración o en otros cargos similares.

Otros sin embargo se opusieron e intentaron resistir. Incluso antes del levantamiento algunos grupos desconfiaban ya de ellos, unos más paranoicos que otros. Pero, oh ironía del destino, fueron precisamente ellos, su preparación, su armamento, sus refugios, su comida y sus estrategias los que posibilitaron la aparición de esas resistencias. Resistieron y se hicieron relativamente fuertes en algunos puntos del planeta, usando contra los invasores parte de su propia tecnología.

En 2053 se libraba una auténtica guerra de guerrillas en campos y ciudades. Se sucedían pequeñas escaramuzas y atentados por parte de la resistencia terrestre, hasta que el 18 de septiembre de ese mismo año un grupo de rebeldes liderados por el ex-capitán Erik Ivanov consiguieron subir e infiltrarse en la estación espacial internacional. Desde allí, grupos de cinco valientes lograron abordar las escasas seis naves de los aliens que aún permanecían en órbita y, colocando ojivas nucleares en sus reactores, lograron volarlas por los aires.

Todos recordaremos mirar al cielo y ver los destellos y posteriormente la lluvia de restos desintegrándose en la atmósfera. Fue una gran victoria del bando humano, a coste de las vidas de treinta valientes terráqueos, y sirvió de inspiración para muchos.

Ahora los aliens están atrapados aquí y solo es cuestión de tiempo que uno de los dos bandos se declare vencedor. Actualmente nos encontramos en el año 2056 y la guerra continua.

Mi nombre es Diana Ilyina, serví como comandante en el ejército ruso hasta la desaparición del país en el 52 y conocía personalmente a Erik Ivanov. Tras el levantamiento el decidió seguir luchando, yo renuncié a ello para llevar una vida en paz con mi hija, aunque fuera bajo el yugo de los aliens. Me pidieron que ayudara, pero corté todo contacto con ellos. Una vez se instauró el nuevo régimen me asignaron un trabajo normal, una vida tranquila. Hasta que un día mi hija Anna desapareció.

No lucho por ideologías ni por nadie, tan solo por ella. Quiero encontrar a los responsables y rescatarla. Sobre todo, rescatarla. Cueste lo que cueste. Caiga quien caiga. Quien haya sido me lo pagará.